

# La versión de psicología en la UAM - Iztapalapa: Un proceso con dinámica propia

***Héctor Meza Aguilar***

Área de Investigación  
"Procesos Psicosociales de  
los Fenómenos Colectivos",  
Departamento de Sociología

**D**urante mucho tiempo —más del que eventualmente quisiéramos admitir— en los ámbitos universitario y profesional mexicanos, el conocimiento psicológico en general y el psicociológico en particular han mantenido una respetable distancia con respecto a la dimensión política.

Los motivos de tal distanciamiento son de naturaleza histórico-social y, por ende, de una diversidad y complejidad enormes. De tal suerte que las limitaciones de este espacio nos obligan a obviar o, en el mejor de los casos, a reducir los determinantes involucrados mencionando sólo algunos de los procesos generales en que éstos se encuadran, como la historia de la disciplina a nivel mundial, la de las distintas tradiciones nacionales, las dominancias e influencias de unas sobre otras, la integración y el desarrollo específico del conocimiento psicológico y psicociológico en los países latinoamericanos, y este proceso de integración particularizado y pormenorizado en el caso de México.

La fisonomía actual del conocimiento psicociológico en México expresa nítidamente su distanciamiento de la dimensión política desde la propia estructura de las instituciones de educación superior, pues generalmente éstas organizan el conocimiento universal en espacios disciplinarios en los que la psicología y la psicociología aparecen, casi de manera absoluta, confinadas dentro de una concepción de ciencia

natural, o por lo menos, donde la psicología está más emparentada con las ciencias básicas que con la teoría social.

Éste y otros factores han tenido un peso fundamental que mengua las posibilidades para que la producción nacional en psicología social se vincule e infuya en los problemas de la vida social más amplios y urgentes. Más aún, el quehacer de los profesionales en psicología social tendencialmente se ha mantenido en la esfera del autoconsumo y aferrado a prácticas muy limitadas relacionadas con el conocimiento básico o elementalista cuya naturaleza difícilmente supera el análisis individual o, en el mejor de los casos, interindividual.

Lo que nosotros sostenemos es, a fin de cuentas, que la posibilidad de generar una contratendencia a este sesgo o constante de los psicólogos, está justamente en reincorporar a la psicología al ámbito de lo social, pero sobre todo, a la dimensión política.

Para avanzar en este sentido, el primer paso indispensable es el de replantearnos, y en su caso redefinir, las ideas dominantes que existen en torno a lo político.

Las ciencias sociales en conjunto han tendido a ver en temas, procesos y fenómenos tales como las estructuras sociales, el Estado y las instituciones, las expresiones de lo político por excelencia o su sustancia.

Lo político —el ejercicio del poder, su carácter estructurante, las formas de control, etc.— es un asunto que se vincula directamente al contrato social y por ende a las estructuras macrosociales que son consecuencia de él. Mucha de la teoría social y política constituye una descripción detallada de la dinámica de estos objetos. Tal concentración del interés en éstos llega a tener un efecto generalmente excluyente de lo que queda al margen, es decir, el sustrato humano individual y/o colectivo en que encarnan las acciones sociales al margen del poder y del contrato social.

Por lo menos uno puede detectar en la mayoría de la bibliografía al respecto que estos últimos elementos —las acciones y movimientos sociales— se subordinan y no han generado una indagación tan minuciosa como en el caso de los primeros que mencionamos. Tal parece que el determinismo estructural genera una colosal ceguera hacia la gente y su cotidianidad, al grado de que llega a resultar casi imposible verla como el motor, el germen, la materia prima que da origen y génesis a lo político y al poder. Uno puede constatar que la tendencia general de los diferentes enfoques en ciencias sociales es la de hacer una lectura de la acción humana que acaba por ser parcial y reduccionista; es decir, son visiones que no sólo porque su análisis se centra en intereses fragmentarios, esto es, economicistas, sociólogos, antropólogos, etc., sino porque además privilegian objetos de estudio producto de las sobredeterminaciones mencionadas.

Aunque las acciones y comportamientos que analizan son expresiones de la totalidad de la actividad humana —expresión de su riqueza—, su carácter de expresiones particulares no elimina a la totalidad, más bien ésta presente en cada una de ellas.

En este sentido el análisis del comportamiento político no puede ser constreñido por prácticas disciplinarias que arbitrariamente ven en los espacios, procesos y ámbitos instituidos estructuralmente la sustancia de lo político, por ejemplo, la inclinación a convertir los procesos electorales en el espacio por excelencia, prácticamente exclusivo, en los que el comportamiento político se manifiesta.

Desde esta óptica —a la cual nos adscribimos— no se podría afirmar lapidariamente, por ejemplo, que las demandas de benefactores básicos —como drenaje, vivienda, regularización de predios, educación, empleo,

etc.— que enarbolan las organizaciones urbano-populares son expresiones de comportamiento "menos políticas" que la demanda de "no pago de la deuda externa" que impulsan la mayoría de los partidos políticos.

Siguiendo en este orden de ideas, se podría afirmar que no hay justificación alguna para menospreciar el comportamiento cotidiano, o, dicho en otras palabras, no habría ningún argumento a la vista para no considerarlo como una expresión tan política como la que más.

En resumen, lo que queremos destacar es que no obstante que resulta obvio el hecho de que la sociedad y sus estructuras tiene por base social a la gente, no en pocas ocasiones es un hecho que se soslaya, se pierde de vista o se olvida.

Y es precisamente en este sentido en el que nuestra versión psicosocial del comportamiento se está abriendo camino. El recorrido que hemos seguido para empezar a dar contenido a nuestra concepción arranca con el desarrollo de proyectos de investigación que nos permitan ampliar la noción de lo político, evitando hasta donde sea posible los prejuicios y sobredeterminaciones que otros enfoques disciplinarios le han ido asignando al comportamiento de esa naturaleza; a fin de cuentas esto no es otra cosa que buscar en el comportamiento y su naturaleza política, los elementos esenciales que nos permitan construir explicaciones más pertinentes de la vida social.

No podemos dejar de señalar que estos intereses no son recientes y si bien pudieron arrancar ligados a necesidades coyunturales de diferentes tipos —como los conflictos intergrupales de grupos académico-políticos o conflictos propios de las dinámicas institucionales—, rápidamente rebasaron ese marco para perfilarse hacia objetivos más duraderos y fundamentales como: la construcción de una versión propia de la psicología social con estrategias de profesionalización tam-

bién particulares y ligadas a la dinámica de la UAM-Iztapalapa.

En Iztapalapa hemos seguido una estrategia general que comprende por lo menos dos grandes movimientos simultáneos. El primero de ellos consistió en concretar una visión de la psicología social en una propuesta de plan de estudios de licenciatura que define un perfil académico-profesional, producto de la confrontación con las tendencias dominantes en el proceso de integración del conocimiento psicosociológico en México y, por ende, en contraposición con los usos y costumbres de las instituciones de educación superior encargadas de la profesionalización de dicho conocimiento.

El segundo movimiento consistió en la creación de un espacio de investigación con el fin de retroalimentar la propuesta curricular en varios sentidos. Por ejemplo —y para mencionar sólo algunos de ellos— se responsabilizó a este espacio de investigación en la formación profesional de los egresados, conjuntamente con otros grupos de investigación en ciencias sociales, mediante la dirección de procesos de investigación en for-



Walter Alfonso

ma; se coordinaron los esfuerzos individuales orientándolos a la investigación colectiva con líneas temáticas amplias y claramente establecidas a fin de propiciar una producción de mayor calidad; se abrieron nuevos ámbitos de acción profesional mediante proyectos inter-institucionales que dan cuerpo a prácticas profesionales hasta hace poco consideradas como potenciales; se retroalimentó y se contribuyó a dar contenido a una versión psicosocial centrada en las realidades de nuestra sociedad; se ensayaron y sistematizaron formas de transmisión del conocimiento que asientan el carácter social y político del enfoque psicosociológico; se experimentaron todas las formas posibles para hacer útil nuestro trabajo más allá del ámbito universitario, etcétera.

De esta manera, el área de investigación de Procesos Psicosociales de los Fenómenos Colectivos, de la UAM-Iztapalapa, forma parte de esta estrategia. En su interior nos hemos propuesto desarrollar dos líneas de investigación fundamentales: psicología política y psicología colectiva.

Los proyectos colectivos que presentan avances en este sentido son dos: el proyecto de mapa social de la ciudad de México, y el de educación ciudadana.

Quizá este último proyecto ha proporcionado un mayor grado de creación de nuestra perspectiva al permitir escudriñar en los movimientos sociales que están impactando el escenario político del país.

A la luz de estos movimientos, los consensos fabricados discursivamente e implantados *de facto* para la toma de decisiones — todos característicos del sistema político mexicano — van siendo más difíciles de realizar y, sobre todo, de sostener.

La crisis económica y los desastres recientes han acelerado la emergencia de formas de comportamiento

civil que, al rebasar el marco de la esfera jurídica (normativo-discursiva), muestran que el comportamiento ciudadano tiene un nivel de politización que mal que bien va cobrando forma y consistencia.

Los movimientos universitarios, de trabajadores, y muy especialmente los urbano-populares, son expresiones de una contratendencia que va fraguando al margen de las formas de organización social y política convencionales, la validez de otros caminos para la politización, para la construcción de civilidad, o dicho en otras palabras, para acceder a hacer uso del comportamiento individual, grupal y/o colectivo como un instrumento político.

El proyecto de participación ciudadana asume a las organizaciones populares independientes como procesos "naturales" — digámoslo — así de educación política, es decir, como "escuelas de la" vida que suplen la ausencia casi total de formación política en la educación formal. La amplitud de la veta que abre el proyecto nos ha permitido conciliar los intereses individuales con los colectivos, pero además es interesante resaltar que el proyecto, por medio del estudio de las organizaciones populares independientes, nos ha hecho reconsiderar nuestra ubicación en el concierto de las ciencias sociales y plantearnos hacer de este enfoque específico una herramienta que posibilite un estudio más fino de las relaciones sociales vivas, sin dejar de ser congruente con la teoría social en la medida en que se busca construir explicaciones por niveles de realidad.

En resumen, el proyecto de educación ciudadana ha resultado de suma importancia en la estrategia global, pues ha mostrado resultados excelentes que, aunque parciales, demuestran que vamos por buen camino en la búsqueda de consolidar nuestra versión de la psicología y su profesionalización.